

## **UN ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DE LA TALABARTERÍA EN CUENCA**

### **Resumen:**

Este artículo nos presenta un panorama de la historia de la Talabartería en Cuenca, cuyos orígenes están relacionados a la fundación misma de la ciudad por parte de los españoles; pues, el nuevo estilo de vida en la comarca cuencana, implicaba la necesidad de elaborar objetos acordes a las necesidades de la época, como monturas y aperos.

Ana Abad, partiendo del análisis de documentos y archivos históricos, nos permite retroceder en la historia de la talabartería en la ciudad y la importancia de sus artífices a lo largo de estos años; al tiempo que señala los problemas que ha debido enfrentar este oficio en los últimos tiempos, no sólo por los cambios en las formas y hábitos de vida, sino también por la introducción cada vez más fuerte de materiales y productos de otra índole.

Aunque el término talabartero no aparece, al menos hasta 1670, en la documentación notarial de nuestra ciudad<sup>1</sup>; sin embargo, el desarrollo del trabajo con cuero o piel comienza a intensificarse en forma paralela a la fundación de Cuenca, debido a las necesidades que tenían los españoles de fabricar monturas y aperos para sus animales de carga y de monta, a más de ciertos objetos y recipientes de gran utilidad entre la naciente población cuencana.

El trabajo con cuero, no era una actividad cultivada por la población indígena de la misma manera como la practicaban los españoles, si bien, mucho antes que Cristóbal Colón descubriera América, los indios americanos eran expertos en el arte del curtido.

Compuestos naturales, hechos con polvos de madera, con grasas y sebo, con polvos de huesos secos o con una mezcla de sesos y de hígado de los animales, les servía para obtener, con mínimas variaciones en los procedimientos seguidos por las diversas tribus y pueblos, un cuero que *“jamás pudo ser superado en cuanto se refiere a la flexibilidad y suavidad, así como tampoco en lo relativo a su resistencia al agua”*.<sup>2</sup>

---

1 Arteaga, Diego. *El Artesano en la Cuenca Colonial 1557-1670*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 2000, p. 80

2 Miller, J.R. *Arte de trabajar el cuero*. Editorial Lavalle. Buenos Aires, 1975. p. 23

Entre los indígenas, fueron las mujeres quienes realizaban la mayor parte del trabajo del curtido o curado del cuero, así como la preparación de los artículos terminados. Sus ropas, mocasines, jacales, bolsas, arcos de flechas, mantas y muchos otros objetos, estaban hechos con las pieles y cueros de diferentes animales que eran preparados especialmente para ello.

Con la llegada de los españoles, los indígenas supieron adaptar, con mucho ingenio, su gran habilidad a los nuevos requerimientos de los ibéricos, pues pronto comprendieron que, los oficios relacionados con el trabajo del cuero, tendrían un buen campo de desarrollo, debido a la enorme importancia que tuvieron los utensilios y objetos realizados con este material en la vida diaria de los habitantes del entonces Corregimiento de Cuenca.

Varios fueron los oficios que tuvieron como materia prima la piel o cuero y, en nuestra ciudad, los más destacados fueron los zapateros y los curtidores; no obstante, en los documentos históricos, aparecen también, aunque de forma más esporádica, oficios como los surradores y los silleros.

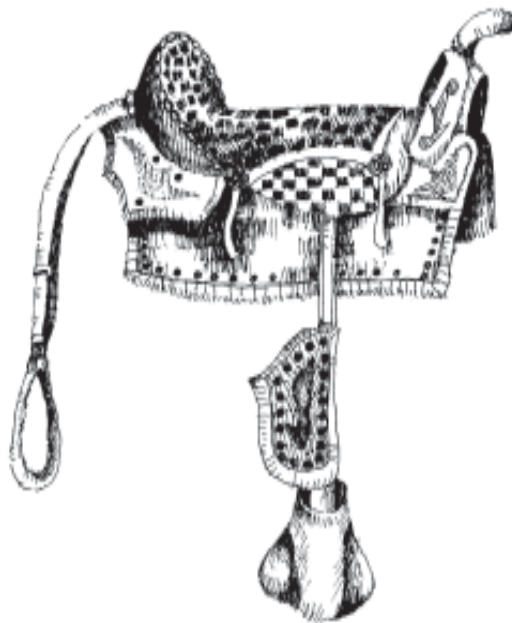
Sin embargo, durante los primeros años de la fundación de la ciudad y debido a la necesidad inmediata que existía de los trabajos hechos con este material, no hubo una clara diferenciación entre quienes ejercían las distintas labores del cuero. En el Corregimiento de Cuenca la demanda superó con creces a la oferta, por eso se explica la permeabilidad con que se ejercían ciertas labores artesanales.

El oficio de quienes trabajaban con cuero, junto al de plateros y herreros, logró mantenerse en buena medida, aunque no de forma exclusiva, en manos de la población blanca; sin embargo, acostumbrados como estaban a la utilización de calzado de diferentes tipos, a la imperiosa necesidad de fabricar monturas y aparejos para sus caballos

y sus mulas, así como de utensilios domésticos como maletas, bolsos, alforjas, baúles, etc., los españoles se encargaron de formar, entre los indígenas, a los primeros maestros en el arte del trabajo con el cuero, de acuerdo a las nuevas exigencias culturales.

Se sabe que el primer curtidor de Cuenca, que también ejerció el oficio de zapatero y que aparece en el reparto de solares en la fundación, fue Gaspar López; quien, a pesar de dedicarse a un oficio, alcanza prebendas en los primeros tiempos y su condición no le diferencia de otros ciudadanos españoles, pues en el año de 1564 solicitó al Cabildo cincuenta cuerdas en Paccha y luego en 1569 la misma cantidad en el sector de Pachamama.

Se conoce, en torno a la instalación de tenerías o curtimbres, sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVI, oficio que fue uno de los más rentables de la ciudad, debido a la riqueza ganadera de la zona y al



aumento paulatino de la demanda de sus productos en el virreinato de Perú y en la Nueva Granada.

Mas esto no significaba que sus dueños, en general españoles, ejercieran el oficio, pues algunos más bien enseñaron este arte, para ser ellos quienes vigilaban el proceso como al parecer así hizo Joan Marcos, quien tenía una instalación completa de tenería incluida una calera<sup>3</sup>.

Sin embargo, quienes mayor representatividad alcanzaron en el desarrollo de los oficios relacionados con el cuero fueron los zapateros; pues, de acuerdo a la investigación realizada por Jesús Paniagua y Debora Truhan<sup>4</sup>, un 50% de los 248 artesanos dedicados al trabajo con esta materia prima, confeccionaban zapatos; los curtidores representaban un 25% y los silleros un 17,7% que se dedicaban a forrar sillas para montar, a elaborar aparejos para los caballos, a más de realizar muebles que llevaban cuero en su confección.

Oficios como el de los peta-queros, artífices que realizaban su trabajo en paja o en madera y que luego recubrían de cuero, aparecen solo hasta 1594, en un documento de linderos, cuando se hace referencia al indio Mateo como petaquero.

Aunque el objetivo de los primeros vecinos de la ciudad fue conseguir metales preciosos y beneficiarse de la repartición de tierras y de indios, pronto vieron derrumbarse sus expectativas de enriquecimiento, porque en esta zona la minería no prosperó, las tierras no fueron

---

3 Arteaga, op. cit, p. 71

4 Paniagua Pérez Jes's, Truhan Deborah, *Oficios y Actividad Paragremial en la Real Audiencia de Quito (1557-1730) El Corregimiento de Cuenca*. Universidad de León, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales. España, 2003

tantas como se esperaba y la población de indígenas tampoco era tan grande en el Corregimiento de Cuenca.

No obstante, la ganadería se convirtió en la alternativa principal a la crisis económica minera de la región, pues luego de la conquista se produjo una rápida adaptación del ganado vacuno, ovino, porcino y equino.

De igual manera, en esta época, el ganado caballar y mular también vivió un llamativo desarrollo en función de la arriería y de las necesidades de transporte y carga de la población asentada en esta región que, en ese entonces, gozaba de una situación privilegiada en el comercio, por la especial ubicación que tenía entre Quito y Guayaquil, a más de ser Cuenca uno de los más importantes centros de aprovisionamiento de las poblaciones mineras del sur como Zaruma, Zamora y Jaén.

Ante estas situaciones el trabajo de curtidores, zurradora, silleros, petaqueros y zapateros era de vital importancia para el desarrollo de actividades comerciales, ganaderas y de transporte que se generaba en todo el antiguo territorio del Corregimiento.

Y es a partir de la última década del siglo XVI cuando se empiezan a tener referencias frecuentes en torno a los oficios relacionados con el cuero; pues, mientras se vivía la crisis minera, se produjo un significativo incremento de las actividades agropecuarias, sobre todo las ganaderas, y quizás la abundancia de materia prima en la región posibilitó el auge de los trabajos en cuero.

Sin duda, el ganado caprino y vacuno, a más de la importancia que tuvo para el suministro de carnes y la producción de quesos, fue determinante para el desarrollo de la Talabartería<sup>5</sup> y de los otros oficios que utilizaban cuero como materia prima; de allí, la importancia que

---

5 Paniagua, op. cit, p.35

tenía el trabajo previo de los curtidores, pues eran ellos quienes sometían a las pieles a todo el proceso de curtido para facilitar material a estos artífices.

En 1621, la presencia de Joan Pinta y, en 1637, la de Andrés, nos muestran que, a partir de la tercera década del siglo XVII, las tenerías o curtiembres pasaron a manos de la población indígena, que no tuvo dificultad alguna en asumir una función como ésta, oficio de mucho prestigio y más si se era propietario del local.

Aunque la calidad del material dependía de la finalidad de su uso, los cueros de Cuenca llegaron a tener una gran fama en el Virreinato del Perú, como así se afirma en la descripción hecha por Alsedo, en 1776, al hablar de su calidad: *“dándoles al curtido con tanta habilidad y destreza, que los ponen poco más finos que el ante”*.<sup>6</sup>

La abundancia de caza, mayor en la región de Cuenca, permitió que los talabarteros puedan trabajar también con pieles de ciertos animales como la del tigre, como aconteció en 1638 con el sillero Francisco Pérez, quien hizo una silla de montar con este tipo de cuero para el señor Juan Ordóñez.

Aunque los curtidores y zurradores trabajaban en la obtención de la materia prima para zapateros, silleros y petaqueros, no siempre eran los que la comercializaban, más bien eran sus socios capitalistas o intermediarios quienes la vendían, sobre todo al mercado externo; sin embargo, tenían la obligación de abastecer de estos bienes a la región.

Por las características del procesado del cuero, las curtiembres tendieron a ubicarse en las ribe-ras del río Tomebamba, entre el matadero de la ciudad y la zona de Pumapungo, al sureste de Cuenca.

---

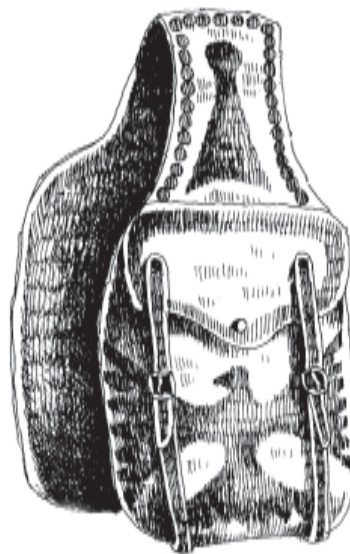
6 Paniagua, Truhan, op.cit, 428

Pero se conoce que tanto en la zona urbana como periurbana y hasta en la misma traza de la ciudad, se localizaron talleres de artesanos del cuero, como sucedió con el sillero Antonio Fernández, quien en 1613 tenía su taller cerca de San Agustín, en la calle que salía a la plaza mayor y en 1619 se conoce también de Francisco Pérez en esa misma zona.

Los silleros, artesanos cuya actividad estaba muy ligada a las características comerciales y económicas de la región, tendieron a ubicarse en las diferentes dependencias de la parroquia de San Blas, cerca del antiguo matadero y de las tenerías.

Años más tarde, conforme se iba consolidando la ciudad, los artesanos del cuero empezaron a trabajar objetos como corazas; faltriqueras; bolsones de baqueta; cinchones; almofias; sombreros de cuero y sombrereras; quitasoles; tahalíes de baqueta y bananilla, decorados con repujado y cincelado; bordados o a través de diseños pintados.<sup>7</sup>

A más de dedicarse a la elaboración de sillas de montar o monturas, los denominados silleros confeccionaban también todos los arreos para la caballería, así como las guarniciones, que eran los ador-



---

7 Arteaga, op. cit, p.81



nos hechos de las pieles y los cueros; incluso, fue alguno de ellos el encargado de hacer dos botas de vino, como aconteció en 1638 con el sillero Francisco Pérez.

Los denominados silleros, debido a las características de su trabajo, mantuvieron relación con carpinteros y plateros, por los objetos que estos artesanos elaboraban: los plateros se encargaban de hacer todos aquellos adornos para las sillas de montar, obras pedidas en general por los personajes más pudientes de la sociedad de entonces, aunque esta costumbre de adornar a los caballos fue mucho más desarrollada en el siglo XVIII; y los carpinteros no solo hacían los fustes para las sillas de montar, sino que, ellos esperaban de los silleros los asientos y los espaldares de cuero para la elaboración de ciertos muebles para la casa como sillas, bancos y taburetes.

Aunque según la primera referencia que tenemos de estos artesanos, el cuero se remonta al año de 1573, cuando aparece el nombre del sillero Juan Lozano, es tan sólo hasta finales del siglo XVI cuando encontramos mayores referencias documentales de estos artífices, cuya actividad, debido a las características económicas y comerciales del Corregimiento de Cuenca, fue de relevancia. Se conoce en 1730 de la existencia de cuarenta y cinco silleros.

El oficio de los silleros fue adquiriendo mayor importancia conforme se fue generalizando el empleo de caballos y mulas entre la población, pues aumentó la demanda de sus productos que, para los primeros años del siglo XVIII, gozaban de gran prestigio por la calidad, no solo de los cueros empleados, sino por la finura del trabajo realizado, como así nos afirma Aseldo y Herrera en su libro “Descripción Geográfica de la Real Audiencia de Quito”<sup>8</sup>

---

8 Aseldo y Herrera, D. *Descripción Geográfica de la Real Audiencia de Quito*, Madrid, 1915.

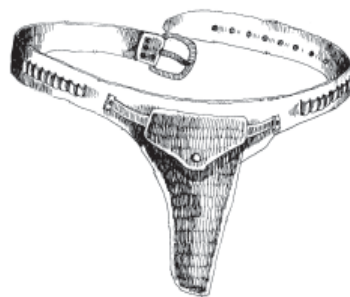
*“Hacen primorosas cubiertas de baúles, cajas que llaman de costura, asientos y espaldares de sillas y taburetes labrados y dorados con varias figuras, de que hace la mayor utilidad de su comercio”.*

Si bien en un número menor, no hay duda que en Cuenca también se desarrolló el oficio de petaqueros, artesanos que elaboraban petacas de paja o de madera, para luego forrarlas con cuero o hacerlas sólo con este material.

Debido a su uso cotidiano en las labores del hogar, debemos suponer que el conocimiento para su elaboración debió ser generalizado entre la población indígena; sin embargo, surge como un oficio más que utiliza cuero, porque trabajar con este material aseguraba a los comerciantes, sus principales clientes, la mejor manera de transportar alimentos y productos comestibles de delicada factura y de gran demanda en esos tiempos, como alfajores, bizcochos, tortas, dulces, conservas, jabón, quesos, panela y añil.

Y su uso, como contenedores de correo y textiles, se incrementa mucho más a raíz de la ampliación de las relaciones comerciales con Guayaquil y el norte del Perú, hacia donde se enviaban tejidos de algodón cuencano, productos de gran demanda, cuyo consumo aumenta a lo largo del siglo XVIII, época en que Cuenca fue la división administrativa más poblada de la Presidencia de Quito.

Para fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los cambios que genera la revolución industrial, en el modo de producción y en la división internacional del trabajo, determina



que grandes sectores de América del Sur, con bastos territorios, se convirtieran en grandes zonas dedicadas al cultivo de cereales, en especial de trigo, así como también surgieran amplias haciendas con hatos ganaderos que proveían de carne, lana y cuero para la exportación.

En la Real Audiencia de Quito, esto significó la incorporación de la región costeña al comercio internacional a través del cacao, situación que determinó un progresivo aumento poblacional de Guayaquil, pues recibió una gran cantidad de población migrante, en especial de Cuenca, en calidad de jornaleros atraídos por un régimen salarial en las grandes plantaciones cacaoteras.

Mientras, la provincia del Azuay continuó teniendo mayores rendimientos en la manufactura y en la minería. Además, Cuenca ya en la época republicana era aún el centro comercial de la región y el trabajo de arrieros seguía siendo fundamental para los fines económicos de los grupos de poder; actividad, además, muy rentable que duró hasta 1960, como señala María Rosa Crespo en su libro *“Estudios, Crónicas y Relatos de Nuestra Tierra”*.

Comunidades como Angas y Patul, próximas al caserío de Migüir, y muy ligadas al camino de herradura Cuenca-Molleturo-Naranjal, se formaron al crecer el comercio entre 1850 y 1870, como señala Nicanor Merchán<sup>9</sup>, al afirmar que los fundadores de estas comunidades fueron originarios de Sayausí y que se trasladaron a estas zonas hacia 1870, con el fin de ser propietarios de un hato en el cerro destinado a los caballos para la arriería: *“Buscaban, además, un lugar cerca del camino que conducía a la costa y que ofrecieran seguridad a sus animales de carga”*.

---

9 Merchán, Nicanor. “Estrategias de supervivencia de las comunidades de Soldados, Angas y Patul”

Guayaquil se unía a Cuenca por una ruta fluvial hasta el puerto de Naranjal, desde donde se iniciaba una larga y penosa travesía de ascenso a la cordillera occidental, remontando El Cajas, para luego descender hasta Sayausí y, desde allí, llegar a San Sebastián, barrio de acceso a la ciudad, en donde descansaban, luego de su agotadora jornada, arrieros, comerciantes y visitantes.

La arriería en toda la región continuó siendo la única manera de transporte y comunicación, pues como afirmaba en 1863 Benigno Malo: *“El Ecuador es un país que no tiene caminos de herradura, no diremos carreteras, ni ferrocarriles, ni telégrafos porque todo eso es para nosotros una creación fantástica, como las Mil y una Noches”*.

Aunque el aislamiento entre Guayaquil y Quito fue superado entre la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, gracias a la construcción del ferrocarril y de carreteras carrozables. No sucedió igual con nuestra región, cuya calamitosa situación vial continúa siendo una constante en la historia de la provincia y de toda la región austral del país.

Frente a esta realidad, el oficio de los artifices del cuero, como los tala-barteros, continuaba siendo imprescindible tanto en la provincia como en la región, a pesar de no tener datos específicos en cuanto al número de artesanos dedicados a este oficio.

Sin embargo, para los primeros años del siglo XX, tenemos noticia de que en la calle antiguamente denominada Vásquez de Noboa, hoy Presidente Córdova, desde la Tarqui hasta



la Benigno Malo, había talabarterías “de frente a frente” como nos comenta don Manuel Arévalo, el talabartero de mayor edad en Cuenca que aún ejerce el oficio.

*“Cuando yo era oficial, había bastantes talabarteros en Cuenca. Desde la Tarqui hasta la Benigno Malo eran toditos talabarteros; de frente a frente había talleres donde trabajaban los maestros con aprendices y oficiales. Toditos tenían bastante trabajo como digo, venían del campo, de otras partes, compraban cualquier cosita, teníamos trabajo”.*

Este mismo artesano hace referencia luego a las llamadas “posadas”, que no eran más que grandes corrales donde dejaban a caballos y mulas que, sobre todo, venían de las poblaciones rurales de los alrededores de Cuenca y que traían para la venta granos, hortalizas, frutas, leche, queso, carbón, leña y así también artesanías, como cobijas, ponchos y tocuyos de lana tejidos en telares de cintura.

En 1913 llega el primer automóvil a Cuenca, un Clemant Bayard modelo 1909, cuya transportación fue hecha “a lomo de indio”, como afirman algunos historiadores que sucedió. Juan Martínez Borrero en el libro “*Cuenca Santa Ana de las Aguas*”, al referirse a este singular acontecimiento que se vivió en la ciudad, señala:

*”Sus ruidosos paseos se desarrollan en cortísimo trayecto, aunque pronto se abrirán trochas decentes hasta Ucubamba y más tarde hasta el Descanso, como preludio del aventurero “raid” a Guallaceo de los siguientes años”.*

Durante la primera mitad del siglo XX, sin duda, los talleres de los talabarteros continuaban siendo visitados de manera asidua por quienes requerían de sus servicios, pues la producción agropecuaria, tanto de Azuay como de Cañar, continuaba destinada al consumo interno de la población de estas provincias y por tanto el empleo de caballos y mulas,

con sus respectivos aperos, dentro del trabajo de haciendas y parcelas de mediana extensión, era imprescindible.

Leonardo Espinosa y Lucas Achig sostienen que, durante las primeras décadas del siglo pasado, los principales oficios que se desarrollaron en la ciudad fueron la ebanistería, la cerrajería, la sastrería, la curtiembre, la talabartería, hojalatería, zapatería y joyería.

De esta época, tenemos noticias del trabajo de los talleres de talabarteros como de Eusebio Bermeo, Alberto Barrera, Manuel Astudillo, Vicente Andrade, Carlos Domínguez, Rafael Álvarez, Juan Miguel Gallegos, así como de los hermanos Luis y David Gualicela como referente de buena calidad.

A más de los diferentes modelos de monturas, que se hacían en los talleres de Talabartería a fines de la primera mitad del siglo XX, uno de los objetos más demandados fueron las denominadas polainas, utilizadas en especial por soldados del Ejército Nacional a manera de botas, que en ese entonces se usaban para protegerse mientras cabalgaban.

Asimismo, era común comprar en los talleres de talabarteros maletas de viaje, carriles, mochilas y carteras, como nos cuenta don Manuel Arévalo:

*“Antes, por ejemplo, se hacían las maletas con repujados de la bandera de Ecuador, se hacían otras con el escudo, algunos con monte-citos, se hacía maravillas... Para las fiestas de Loja se vendían muchas maletas para viajar; cada que venían las fiestas, la gente venía para que les*



*demos haciendo maletas grandes para llevar ropa y cobijas porque, como no habían carros, se iban en caballos guiados por arrieros, dormían en el camino, hacían cuatro días a Loja. Llevaban también alforjas de cuero grandes y allí cargaban botellas de trago, cuyes asados, tostado, pan, panela para los cuatro días que andaban en montañas y en cerros hasta llegar a Loja”.*

Entre la gente del campo, los zamarros fueron prendas de uso diario para realizar actividades ganaderas. Hacendados, pequeños propietarios, capataces y peones subían hasta los cerros o páramos para realizar las llamadas “vaqueadas”, actividad mediante la cual se rodeaba al ganado que tenían suelto, le daban de comer sal en grano y marcaban a aquellas reses, que aún no estaban identificadas, como de su propiedad.

Mercedes Cando, la única mujer talabartera, oriunda del Cañar, quien tiene su tienda taller en nuestra ciudad, nos cuenta que los zamarros eran, en aquel tiempo, prendas de uso cotidiano

“Hasta ahora alguna gente de campo usa todavía los zamarros, pero ya no mandan a hacer como antes. Ellos nos traían el cuero de borrego para hacerlos y se ponían para subir al cerro porque para ellos es protección. Los zamarros son para lugares fríos, para el cerro y, si llueve, el zamarro le da al cuerpo buena protección”.

No dejaban de hacerse alforjas; alforjines que iban colocadas al pico de la montura y servían para pequeños fiambres y una botella de aguardiente; jáquimas y lazos de beta; aperos para caballos de tiro; pellones; cabestros e incluso pelotas, como nos cuenta Leonardo Rodríguez sobre la producción de la Talabartería “El Gran Chaparral” de, don Alberto Barrera, su tío.

*“Él trabajó alrededor de tres o cuatro años en Guayaquil. Se fue para aprender a hacer las famosas maletas de caja y a cambio les dejó enseñando a hacer monturas; luego aprendió a hacer las pelotas de carpa, fue un maestro completo. Él hacía una maleta, una silla, cualquier tipo de aditamento para la equitación o para la ganadería: correas, estribos; hacía pelotas de voley, de indoor, todas de carpa cosidas a mano y rellenas con lana o con ceibo”.*

Como en todos los demás oficios artesanales, el proceso de aprendizaje comenzaba desde muy temprana edad y se iniciaban como aprendices realizando tareas “sencillas”, pero de fundamental conocimiento para la posterior elaboración de objetos, como nos comenta don Manuel Arévalo, el único maestro talabartero de Cuenca que aún ejerce el oficio a sus más de ochenta años.

*“Yo desde muchacho he trabajado. Yo recién entré a aprender más o menos a la edad de unos 14 años, me gustó y aprendí con mi tío Juan Miguel Gallegos, hermano de mi madre. Desde entonces no he dejado la talabartería, imagínese ya tengo ochenta y seis años. Nos daba de todo para hacer, a ratos correas, a ratos las polainas, a ratos ayudar a hacer la montura, los estribos, el pretal, la sincha, la retranca, todito eso para los caballos; pero antes que nada, como éramos oficiales, nos mandaban a traer el cuero que venía hasta chorreando de las curtiembres, nosotros cargábamos la suela mojada, era pesada. Luego teníamos que lavar bien la suela y como antes había aquí acequias allí se lavaba. Era pesado lavar y luego poner en la mesa y reunir todita la suela, como*





*planchas. Para lavar bien siquiera una hora, allí sabíamos estar sudando y no ganábamos ni medio... ”.*

Como así también sucedió con don Miguel Andrade, quien es el único talabartero de Cuenca que tiene a uno de sus hijos, Miguel Andrade, ejerciendo este oficio como cuarta generación en el arte del trabajo con cuero.

*“Mi padre y un tío mío fueron talabarteros. Aprendí sobre todo con mi tío, que se llamaba Vicente Andrade, más o menos cuando tenía unos diez años. Me iba al taller acompañando a mi papá que me decía: vamos a que me ayudes. A los seis meses yo ya hacía obras. Luego estuve trabajando en el taller de don Manuel Astudillo en ese tiempo, más o menos en el sesenta y tres, tenía entonces trece años ”.*

Y aunque, para fines de la década de los sesenta, algunas de las talabarterías de ese entonces contaban aún con uno que otro aprendiz y oficial, eran cada vez menos los maestros talabarteros que podían sostener los anteriores niveles de producción y venta de sus artículos.

Cuando, en la década de los cuarenta, nuestro país venía sufriendo las consecuencias de la aguda crisis económica mundial, la exportación de sombreros de paja toquilla constituyó un paliativo económico para la región, junto al cultivo de la caña de azúcar y al desarrollo, con un importante aporte económico, de la Orfebrería.

Sin embargo, a partir de los bruscos descensos del mercado de la paja toquilla, tanto en volumen como en precio, actividades como la de la talabartería vieron afectado su trabajo, pues, frente a la crisis taquillera, se produjo una intensa ola migratoria de trabajadores del campo; situación que, junto a la parcelación de las haciendas que se produjo por la Reforma Agraria en 1964 y a la paulatina disminución de

actividades como la de la arriería, determinó cambios en los niveles productivos de los talleres de los maestros talabarteros.

No debemos olvidar que el paulatino ingreso de automotores a la ciudad, el mantenimiento y la apertura de nuevas vías y caminos, fueron relegando la importante función que tenían los animales de monta y de carga en la provincia y en la región, situación que determinó también que la función de los caballos se vea limitada a ciertos espacios productivos y ganaderos y a cumplir su función, como medios de transporte, solo en ciertas zonas rurales de la provincia, a pesar de que tenemos referencias que nos hablan todavía, para finales de los años sesenta, de ciertas familias pudientes de la sociedad cuencana que recibían en sus huertas a los caballos para viajar hasta sus haciendas y a mulas con cargas de granos, frutas, huevos, leche, quesos y quesillos, carbón y leña.

En la década de los setenta varios oficios artesanales vivieron cambios importantes, tanto en sus procesos productivos como en los volúmenes de trabajo. La introducción al mercado del plástico, del hierro enlozado y de productos manufacturados por la industria peruana, a precios mucho menores que la producción nacional, determinó en gran medida que los talleres artesanales empiecen a limitar su producción y, por tanto, a reducir el número de artífices necesarios en cada uno de ellos.

Sin duda, como todas las actividades artesanales, la Talabartería vive desde hace muchos años una realidad económica y social difícil, que está determinando el paulatino deterioro de este oficio, situación que se vio agravada mucho más a raíz de la dolarización de la economía del país, así como del proceso migratorio de nuestra gente y de la continua urbanización de nuestros pueblos, hasta hace algunos años dedicados, en su gran mayoría, a la producción agropecuaria y ganadera.

La Talabartería es una de las artesanías tradicionales que se encuentra al borde de la desaparición, a pesar de que los pocos artesanos talabarteros que aún ejercen su oficio, con mucho ingenio y habilidad, se encuentran en un permanente proceso creativo que les permite diversificar los productos, de acuerdo a las nuevas exigencias y necesidades de la sociedad actual. n

